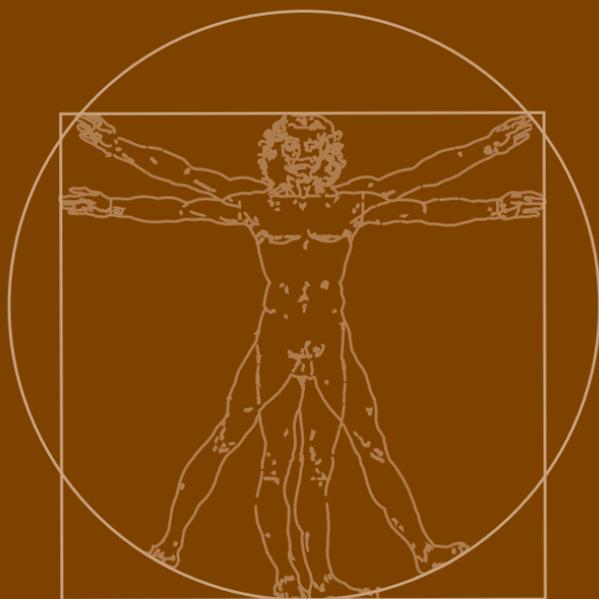


Universidad de Costa Rica  
Escuela de Estudios Generales  
Sección de Historia de la Cultura

# Panorama histórico-filosófico del Renacimiento en Italia

Marcela Echandi Gurdián



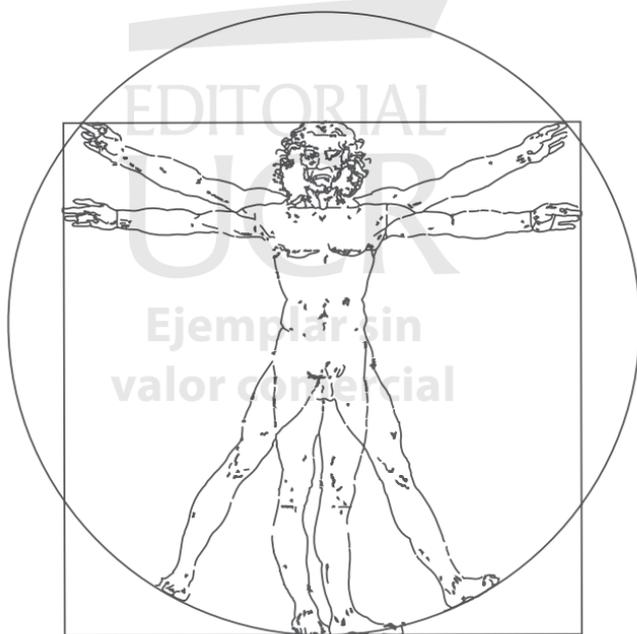
20

Serie Cuadernos de Historia de la Cultura



EDITORIAL  
UCR

## **Panorama histórico-filosófico del Renacimiento en Italia**





#QuedateEnCasa



Universidad de Costa Rica  
Escuela de Estudios Generales  
Sección de Historia de la Cultura

Consejo Editorial de Cuadernos de Historia de la Cultura

M. Sc. David Díaz Arias  
Dra. Carmen Fallas Santana  
M. Sc. Luis Enrique Gamboa Umaña  
Dr. Roberto Marín Guzmán

**Universidad de Costa Rica  
Escuela de Estudios Generales  
Historia de la Cultura**



**Panorama histórico-filosófico  
del Renacimiento en Italia**

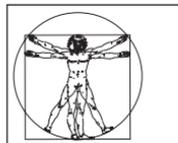
EDITORIAL  
UCR

**Marcela Echandi Gurdíán**

**Ejemplar sin  
valor comercial**

**20**

**Serie Cuadernos de Historia de la Cultura**





EDITORIAL  
UCR

945.05  
E19p

Echandi Gurdíán, Marcela, 1958-  
Panorama histórico filosófico del Renacimiento en Italia /  
Marcela Echandi Gurdíán. – 1. ed., 1a reimpr. – San José, C.R. :  
Edit. UCR, 2011.

xii, 39 p. – (Cuadernos de historia de la cultura; 20)

A la cabeza de la port. : Universidad de Costa Rica. Escuela de  
Estudios Generales, Sección de Historia de la Cultura.

ISBN 978-9968-936-60-6

1. RENACIMIENTO – ITALIA. 2. FILOSOFÍA RENACENTISTA. I. Título. II. Serie.

CIP/2196  
CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica  
Primera edición: 2007.  
Primera reimpresión: 2011

Diseño de portada: *Elisa Giacomini V.*

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica.  
Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

## ÍNDICE

Presentación .....	ix
Hacia una conceptualización del Renacimiento .....	1
El pensamiento humanista .....	3
Perfil histórico geográfico .....	13
Nicolás Maquiavelo: un pensador renacentista .....	20
Conclusiones.....	25
Notas .....	30
Bibliografía .....	31
Acerca de la autora.....	41



## PRESENTACIÓN



El 24 de abril del 2002 –día en el cual se conmemora una fecha gloriosa en la historia de la Universidad de Costa Rica– la Sección de Historia de la Cultura acordó elaborar una serie editorial en coordinación con el Sistema Editorial de Difusión Científica de la Investigación (SIEDIN). Dicha serie recibió el nombre de **Cuadernos de Historia de la Cultura** y se concibió como un proyecto que se nutriría con el aporte de las investigaciones realizadas por los profesores de la Sección de Historia de la Cultura para fortalecer el quehacer docente.

La primera edición de esta serie constó de seis textos que se refieren a temáticas básicas del programa de Historia de la Cultura: nacionalismo, islamismo, tratados de libre comercio, migraciones forzosas de africanos, política latinoamericana. Todos los temas son acompañados de una amplia bibliografía que puede conducir a los estudiantes y profesores a profundizar en los aspectos tratados.

La Sección de Historia de la Cultura de la Escuela de Estudios Generales propone –siguiendo a Arnold Toynbee– que *“nuestro principal objetivo debe ser conocernos mejor, y este es el primer paso para ganar la confianza y el afecto de los unos para con los otros. Por otra parte, no podemos pretender conocer a un ser humano solo por lo que vemos de él en un momento determinado; lo importante es saber cómo ha llegado a ser lo que es. Y lo que*

*sucede con los individuos, ocurre también con las naciones, civilizaciones y religiones, y para comprenderlas en su más íntimo significado, debemos compenetrarnos de su pasado histórico al igual que de su presente.*” Este afán de conocernos y de conocer a los otros, a los que consideramos diferentes, alimenta los escritos de esta serie. Por ello, se invita a los lectores a un encuentro (o reencuentro) con los otros y con ello se procura hacer realidad un ideal humanístico: adquirir una visión universal que supere los aislacionismos aldeanos.

Uno de los principales objetivos de la Historia es el cuestionamiento de los mitos. Por ello, se pretende reconstruir el pasado, sobre todo aquel que interroga y que sacude prejuicios. Se busca que las experiencias del pasado, como insiste Witold Kula, adviertan *“lo que no hay que hacer y no lo que debe hacerse. Casi siempre permiten prever las dificultades, en lugar de ofrecer los medios preventivos. ¿Esto es poco?, siempre es mejor que nada. Y sin la historia, la sociedad humana nada sabría de sí misma.”* Entonces, pasado y presente se acercan y reducen las distancias entre los seres humanos y entre las regiones geográficas. ¿Puede decirse que se está lejos de África, del Medio Oriente o del Lejano Oriente? Podría ser. Pero también está al lado, y, en muchas ocasiones en la misma sangre, en el inobjetable mestizaje genético según los recientes estudios de historiadores, antropólogos y biólogos.

Finalmente, un agradecimiento a los otros integrantes del Consejo Editorial de la serie: Dra. Carmen María Fallas Santana, Dr. Roberto Marín Guzmán y M.Sc. David Díaz Arias. La tarea de lectura y crítica de documentos fue ardua y se procuró que las críticas sirviesen para mejorar los textos. Además, se quiere expresar un agradecimiento a la Dra. Annie Hayling Fonseca, directora de la Escuela de Estudios Generales, por su apoyo al proyecto. Del mismo modo, se reconoce la contribución de todos los personeros del SIEDIN por su profesionalismo y compromiso en la tarea de iniciar este proyecto. No se puede dejar de reconocer el entusiasmo de los profesores de la Sección de Historia de la Cultura, quienes

asumieron el reto de sistematizar sus investigaciones y someterlas al proceso de aprobación del Consejo Editorial.

Se integran ahora a esta Serie nuevos títulos, a los que seguirán otros, como una contribución al proyecto humanístico asumido por la Universidad de Costa Rica y cuyo inicio se encarga a la Escuela de Estudios Generales.

*Máster Luis Enrique Gamboa Umaña*

Coordinador de la Comisión Editorial  
y de la Sección de Historia de la Cultura (2001-2002)  
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, 11 de diciembre del 2003



EDITORIAL  
UCR

Ejemplar sin  
valor comercial



## PANORAMA HISTÓRICO-FILOSÓFICO DEL RENACIMIENTO EN ITALIA

*MPh. Marcela Echandi Gurdián*

### HACIA UNA CONCEPTUALIZACIÓN DEL RENACIMIENTO

Para abordar con fidelidad el tema del Renacimiento deben tenerse presentes dos posturas: una, que lo afirma cada vez más en su autonomía, más allá de sus aspectos artísticos y estéticos cuando sostiene que: “La noción misma de Renacimiento es antropológica, pues tiene que ver con un nuevo nacimiento o renovación total del hombre”;<sup>1</sup> otra, que parte predominantemente de una visión socioeconómico política calificándola como puente para el cambio de las estructuras de organización socio-económicas que se dejan ver en el modo de producción que caracterizó a la Edad Media en relación con la Edad Moderna: “El Renacimiento es la primera etapa del largo proceso de transición del feudalismo al capitalismo... fue la aurora del capitalismo.”<sup>2</sup>

Es en este sentido que, hallándose en decadencia el régimen feudal y el tipo de economía agraria, el desarrollo de las manufacturas y el comercio tomaron auge. Los centros económicos se desplazaron de las villas feudales a los mercados alrededor de

los cuales crecieron nuevas ciudades. Aquí se inicia también la economía monetaria y la burguesía como nueva clase social. A esta burguesía se debió también la intensa actividad secular que caracteriza esta época. No obstante, al ser la Alta Edad Media la que trajo consigo la mayoría de los monjes y los clérigos que poblaron las universidades, ya sea para aprender o para enseñar y a pesar de que era la Teología la disciplina fundamental, esta sirvió para iniciar el desarrollo de una inquietud intelectual a la cual no satisfacía el contenido dogmático que aquella encerraba. Se iniciaron nuevos caminos que condujeron a una paulatina transformación del espíritu occidental. Esta transformación trajo consigo no un aniquilamiento de la concepción cristiana de la vida, pero sí un profundo cambio en esta. El conocimiento y la posición del hombre cada vez más autónomo frente al mundo, adquirieron preeminencia sobre el plano de la mera creencia.

El Renacimiento se perfila entonces, no solo como un movimiento artístico esplendoroso, sino principalmente humanista y literario. Se va configurando en el siglo XIV con Petrarca y se propaga en el siglo XV por toda Italia y Europa en una revitalización por el conocimiento y el gusto por la cultura grecorromana. Esta presentaba una concepción más laica y mundana de la vida y era en realidad “la expresión cultural de una general renovación histórica, que se nos manifiesta, en el umbral de la Edad Moderna, en todas las ramas de la actividad humana, en la política, en la organización social, en la economía, en los inventos técnicos, en las exploraciones geográficas. Por doquier fermentan nuevas actividades: una necesidad de emanciparse de las tradiciones estancadas de la Edad Media, y un despertar del hombre a una soberbia conciencia de sí mismo, como artífice de las grandes transformaciones de la nueva civilización.”<sup>3</sup>

## EL PENSAMIENTO HUMANISTA

La contribución más importante de los estudios clásicos –y en ello coinciden tratadistas tan destacados como Agnes Heller, De Ruggiero y Durant entre otros– ha sido el auxilio poderoso que han brindado a la reintegración del hombre, al sentimiento de su dignidad y potencia terrena.

Aparecieron minorías escépticas por todas partes que buscaban respuestas a sus interrogantes en otros campos distintos al religioso. El interés preponderante de la época se recoge con ánimo polémico y apologético en torno a los dos máximos sistemas de la filosofía griega: Platón y Aristóteles. Esta época permitirá verificar y valorar comparativamente a estos pensadores por primera vez con un criterio emancipado, –distinto de la Edad Media– en virtud de que ya han surgido pensadores de relevancia, unos más inclinados por Platón, otros por Aristóteles. Pero en ambos casos, unos y otros, se esfuerzan por encontrar a Dios en el mundo, y elevar todo lo terreno y lo humano a imágenes vivientes de la divinidad. Dios y el mundo no son, por consiguiente diversos, o en otros términos, el mundo es el mismo Dios que se manifiesta de un modo sensible: “Que no hay en efecto cosa alguna que más mueva hacia la religión, hacia el culto de Dios, que la asidua contemplación de las maravillas de Dios... Llenos están los cielos, llena está toda la tierra de la majestad de tu gloria.”<sup>4</sup> He aquí la posible raíz de un panteísmo que el Renacimiento desarrollará en toda su riqueza. Ha aparecido abiertamente el humanismo. Con él las obras de Leonardo da Vinci, Miguel Angel Buonarroti, Marsilio Ficino, Lorenzo Valla, Giovanni Pico Della Mirandola, Erasmo de Rotterdam, Telesio, Pietro Pomponazzi, Nicolás Maquiavelo, luego Tomás Moro, más tarde, Giordano Bruno y tantos otros.

En el campo filosófico, por una parte está la Academia Platónica de Florencia, fundada bajo los auspicios de los Médicis por Marsilio Ficino, maestro y traductor en latín de las principales obras de Platón y autor de ensayos propios. Él y su discípulo Giovanni Pico della Mirandola son por un largo

tiempo los máximos representantes de la Academia. Pico della Mirandola encuentra en este marco el sentido y lugar de la dignidad humana:

“En el medio del mundo te puse para que desde allí mires en torno con más comodidad todo lo que hay en el mundo. Ni celeste ni terreno, ni mortal ni inmortal te hicimos, a fin de que de ti mismo casi arbitrario y honorario artífice, te plasmes y esculpas tú mismo en la forma que prefieras. Podrás degenerar en las cosas inferiores que son los brutos; podrás regenerarte, según el decreto de tu espíritu, en las superiores que son divinas.”<sup>5</sup>

Algunos de estos autores, estudiaron la filosofía, la política y la ciencia en las grandes obras legadas por la Antigüedad, estudiando la naturaleza y sus fenómenos, analizando y ensayando nuevos métodos. Para estos pensadores, el objetivo fundamental de sus estudios, no era en principio el Dios de la Teología cristiana, sino que el centro del universo lo constituían el individuo mismo y la naturaleza. Tras todo esto, cabía adivinar la existencia de un principio divino, pero nunca esta creencia pudo estar apegada al dogma de siglos anteriores.

Esta transformación mental estuvo caracterizada entonces, por la sed de saber y el abandono de la actitud sumisa a la aceptación del dogma, por una actitud dinámica y emprendedora que procuraba indagarlo todo según la mente y los sentidos. Estas son las pautas claves que marcan los albores de la modernidad. El criterio de verdad dejó de estar únicamente en la revelación divina y se le comenzó a buscar por medio de la razón del hombre: las ciencias naturales primero, luego, la filosofía separada de la Teología:

“Como si el tener bien exploradas, ante los ojos y a la mano, las causas de las cosas, los caminos de la naturaleza, la razón del universo, los designios de Dios, los misterios de los cielos y tierra, nada aprovechara... no soltemos en la ociosa desidia aquella parte racional con la cual el alma todo lo mide, juzga y examina, sino que la dirijamos asiduamente y la excitemos con el ejercicio y la regla dialéctica.”<sup>6</sup>

Durante esta época renacentista se sustenta la premisa proveniente de la antigüedad y refrendada por el cristianismo de

que el hombre estaba compuesto de cuerpo y alma. Dos de las corrientes más fuertes en esta época fueron la epicúrea y la estoica, que retoman el pensamiento de Demócrito sobre la no trascendencia del alma. Es decir, el alma, en cuanto constituida por átomos más sutiles o sea, en menor densidad que en la materia corporal, al morir esta también muere. Estas ideas culminan con Pietro Pomponazzi<sup>7</sup>, quien creía prudente exponer sus conceptos no como propios sino como implícitos o explícitos en Aristóteles interpretado por Alejandro de Afrodisias. En el *De Immortalitate Animae*, Pomponazzi afirmaba estar de acuerdo con su Aristóteles cuando este –según él– consideraba que la mente depende a cada paso de la materia y el conocimiento más abstracto deriva en último término de las sensaciones:

“... sólo a través del cuerpo puede el espíritu obrar sobre el mundo; en consecuencia, un alma desencarnada, que sobreviviese a su envoltura mortal, sería un fantasma impotente y sin función. Como cristianos y fieles hijos de la Iglesia, tenemos motivo para creer en la inmortalidad del alma individual; como filósofos, no.”<sup>8</sup>

Esta postura filosófica de Pomponazzi, no ha sido valorada en su aporte capital al pensamiento y actitud de la época, puesto que significa un salto de enormes dimensiones para valorar la vida: el aquí y el ahora. Refleja un marcado escepticismo sobre el mito platónico de la inmortalidad del alma, brindándole a la vida terrenal –de lo único que tenemos certeza– el sentido pleno de su existencia y lo fundamental de su dimensión. Si se considera el presente efímero, como la única y más valiosa de las posibilidades del ser humano, sus acciones se enfocarían al disfrute y goce completos de todas y cada una de las vivencias, dándole valía solamente a lo elemental y no a las pequeñeces del paso por esta vida. Si por el contrario, se anhela y se sueña con otra vida después de la muerte, este es un elemento distorsionador de la realidad inmediata que impide asumir las vivencias con sus causas y consecuencias en un momento precioso que no se repetirá jamás. Además, de esto, Pomponazzi en su tratado sobre la inmortalidad

mencionado, había afrontado la cuestión acerca de si podía tener éxito un código moral sin castigos ni recompensas sobrenaturales; pero respondió a esto que la mayoría de los hombres solo podía mantener una conducta decorosa mediante la esperanza y el temor sobrenaturales. De este modo, para él, una de las funciones de orden primario que cumple la religión va a ser la de servir como reguladora de la conducta individual. La religión ayer como hoy va a imponerse para lograr la hegemonía sobre todos los campos del quehacer humano y preponderantemente –claro está– en el campo moral.

“Por esto han supuesto, para los virtuosos, eterna recompensa en otra vida; mas para los pecadores, castigos eternos que los asusten mucho. Y la mayor parte de los hombres si hacen el bien, lo hacen más por temor al castigo eterno que por esperanzas del eterno bien, pues los castigos no son más que conocidos que esos bienes eternos. Y como este último ardid puede beneficiar a todos los hombres, de cualquier condición que sean, el legislador viendo la propensión de los hombres al mal y procurando el bien común ha decretado que el alma es inmortal, no importándole la verdad, sino sólo la rectitud, para conducir hombres a la virtud.”<sup>9</sup>

Para Pomponazzi, respondiendo de forma filosófica a dos siglos de indecisión que atacaba los cimientos de la fe cristiana, al igual que Maquiavelo, “...la mayoría de los hombres son mentalmente tan simples y moralmente tan bestiales que debe tratárseles como niños o inválidos.”<sup>10</sup> No debe enseñárseles la doctrina filosófica, pues el vulgo es incapaz de manejarse con la pesantez. Dos situaciones propias de la época sustentan el juicio pesimista de ambos autores sobre el hombre: su indudable realismo y la inexistente democratización del conocimiento, ya que este se reserva casi exclusivamente al clero y muy pocos seglares, por lo que la existencia de esa masa inculca fue palpable.

El desenfado en el actuar y la emancipación mental que caracterizaron el Renacimiento, tuvieron una clara influencia de la filosofía del sabio de Mantua. Este legado ha sido pionero de todas las corrientes escepticistas y materialistas modernas y contemporáneas de la historia de la filosofía occidental.

Por otra parte, Leonardo da Vinci con su cultura de genio universal, no es filósofo en un sentido especialista, pero su tendencia filosófica podría calificarse de naturalismo científico. Como precursor de Galileo y de Bacon, le preocupa explicar los fenómenos por causas naturales y restablecer la primacía de la observación directa. Da a la ciencia de la naturaleza objeto y métodos propios. Cree que la investigación debe empezar por la experiencia, por los hechos, para llegar luego a la explicación de estos a través de la razón. La figura humana ocupa su atención principal colocando al hombre en el centro de la creación artística y como parámetro del cual parte y adquiere sentido la realidad. Para expresar estas ideas, Leonardo dibuja al individuo desnudo con ambos brazos abiertos y señala por primera vez la proporción equidistante entre la medida horizontal de punta a punta del dedo medio y la correspondiente a la altura del ser humano.

Nicolás Maquiavelo, por su parte, es asimismo un activo partícipe de esta emancipación mental propia del Renacimiento. Tan libre es su pensamiento que incluso llega a vislumbrar –como se ha visto– de forma preclara la función de la religión en la vida social, refiriéndola como un instrumento eficaz para habituar naturalmente a los hombres perversos al orden y al mejor acatamiento de las leyes. Véase según sus propias palabras:

“Aunque el fundador de Roma fue Rómulo... los dioses no juzgaron suficientes las leyes de este príncipe... y de ahí que inspiraran al Senado romano la elección de Numa Pompilio como su sucesor... Numa, hallándose con un pueblo muy salvaje y queriendo reducirlo a la obediencia civil por las artes de la paz, recurrió a la religión como el más necesario y seguro apoyo de cualquier sociedad civil; y la estableció sobre cimientos tales que por muchos siglos no hubo en parte alguna más temor de los dioses que en aquella República, lo que facilitó en gran manera todas las empresas que el Senado o sus grandes hombres intentaron.”<sup>11</sup>

De este modo, lo relevante del Renacimiento se perfila en el hecho de que es el espacio en la historia y en el mundo de la vida civil, donde más claramente se dan las condiciones que permiten el desarrollo de la autonomía del individuo en tanto ser pensante.

Es también la época en que libera su espíritu creador en las artes y las costumbres. Muestra de ello, es la objetivación de ciertos aspectos de la vida, que se traducen en autonomía frente a la religión, como la política, las ciencias y las artes. Frente a la religión se manifiesta –como se ha visto– el evangelismo en algunos autores; y frente a la política, –por primera vez en la historia con Nicolás Maquiavelo– el carácter de disciplina independiente. En relación con la ciencia se dispone de una actitud más objetiva y hacia las artes del más libre de los espíritus creadores. Es importante destacar que, dada esa visión de la vida, en la cual el valor prevaleciente es atenerse a la realidad inmediata y no a una ilusoria vida después de la muerte, se explica la importancia de las obras materiales; tanto en el arte como en otras disciplinas.

En lo político tanto, un sistema de poder, una forma de gobierno, un sólido poder político, una empresa comercial como una obra literaria, podían ser el legado de un hombre a sus herederos. De esta forma Nicolás Maquiavelo recoge este principio del ansia de la perpetuación del hombre a través del poder político; desglosa su psicología y lo analiza en todos sus elementos constitutivos, para estructurar el marco conceptual del problema de la conservación del poder político del príncipe, lo cual será objeto de otro ensayo posterior.

El eje del pensamiento de esta época centrado en el ser del hombre hace que sea el Renacimiento el creador de la antropología filosófica, cuyo objeto es el ser humano en tanto que ser de la especie, es decir, su ser natural. Sin embargo, ya desde la Antigüedad, los filósofos habían teorizado sobre lo específicamente humano del individuo y tanto Sócrates como Platón y Aristóteles se ocuparon de su determinación conceptual, sin lograr, con esto, equiparar todas las características comunes a todos los hombres pues desconocían el sentido de la igualdad antropológica. Este término aunque ajeno claro está, al Renacimiento, hoy permite comprender las distintas perspectivas con las que se ha mirado el ser humano a través de la historia. En la Grecia antigua, por ejemplo, se presuponían diferencias

sustanciales de jerarquía entre unos y otros y estas fueron el fundamento durante siglos para justificar las diferencias de clase social y la esclavitud.

En Italia prosperó el Renacimiento, aproximadamente un siglo antes que en el resto de Europa, porque solo los italianos como herederos directos de los romanos vivían esta atmósfera del clasicismo grecolatino y poseían las condiciones necesarias para aquilatar el valor de esa cultura extinta, así como para asimilarla, reproducirla y difundirla. Véanse algunos aspectos que hicieron posible tal florecimiento:

**Primero:** “...requería un desarrollo de la vida urbana como sólo se dio en Italia y en aquellos tiempos: convivencia e igualdad entre nobles y ciudadanos y constitución de una sociedad general que sintiera la necesidad de la cultura y que dispusiera de tiempo y de medios para satisfacerla.”<sup>12</sup>

**Segundo:** la “...actividad esencial del hombre, el trabajo, estaba en relación directa con todos los ciudadanos y donde la actividad socialmente consciente pudo convertirse en actividad de todos los ciudadanos. En consecuencia, el trabajo y la sociabilidad, así como la libertad y la conciencia -comprendiendo el conocimiento-, se concibieron necesariamente como partes que correspondían, merced a la esencia misma de la especie humana, a cada uno de los seres humanos y a toda la humanidad. He aquí por qué la conciencia de la sustancialidad unitaria de la especie pudo revelarse a la humanidad, dándose origen –por primera vez y en primer lugar– en Florencia a la antropología filosófica”<sup>13</sup>, cuyo fruto es la concepción dinámica del ser humano. Por esto, cobran relevancia aquí el artista y el hombre de acción sobre el monje contemplativo. Ambos son conscientes, así mismo de su libertad y con ella retan al mundo en tanto partícipes de la vida civil. Esto quiere decir no otra cosa que concebir al ser humano como agente de la historia, como agente de cambio. Y este es el norte de los humanistas italianos como Coluccio Salutati y Leonardo Bruni. Este último, fue discípulo de Manuel Crisoloro de quien aprendió el griego por el que tradujo al latín obras tan fundamentales como

algunos diálogos platónicos y la *Ética a Nicómaco* y *La Política de Aristóteles*.

Inspirado Brunni también en los antiguos griegos, al igual que en Dante y Cicerón, encuentra el ideal del hombre sabio en el individuo que no es indiferente a la vida política, sino que, por el contrario, participa de ella activamente. Su preocupación básica es mostrar cómo las líneas morales de las principales escuelas filosóficas de la Antigüedad: el platonismo, el aristotelismo, el estoicismo y el epicureísmo coinciden entre sí, dado que todas establecen la moralidad como el elemento indispensable de la vida política, de la vida civil. La vida civil se traduce en estos autores, en la participación del hombre en los asuntos públicos con miras a la realización del bien común. Otro aspecto igualmente importante de señalar aquí, —en el cual insiste también Nicola Abbagnano,— es que tanto Brunni como otros humanistas, están convencidos de que los filósofos antiguos no enseñaron nada diferente de la verdad cristiana, reconociendo la influencia, por ejemplo, platónica en el evangelio de San Pablo. Por ello, el retorno al clasicismo representa también para el humanismo renacentista un encuentro al mismo tiempo con un renacer a los principios cristianos.

Lorenzo Valla, en una de sus obras más relevantes *De libero arbitrio*, recoge el valor de la libertad como contenido fundamental para la vida religiosa, para la actitud cotidiana que debe nacer del interior del hombre común y seglar, y con mayor razón hacia la investigación filosófica y el conocimiento científico. Sin ese libre arbitrio, no puede existir el libre examen.

La dignidad del hombre y el elogio de la vida activa, también figuran como punto relevante en Bartolomeo Fazio, Giannozzo Manetti y León Battista Alberti quienes consideran el saber, el conocer y el poder de gobernar el mundo como las metas más altas, únicas y propias de la misión humana. Alberti por ejemplo juzga, al igual que Maquiavelo, que la fortuna arrastra a todo aquel que no se le resista, por lo que la *virtú*, al igual que en el secretario florentino adquiere un papel preponderante. Matteo

Palmieri en su obra *Della vita civile* afirma además del carácter intrínseco del individuo para la vida colectiva, la superioridad de la vida en sociedad sobre la vida contemplativa solitaria. Bartolomeo Sacchi en su escrito *De optimo cive*, opina además, que el hombre que se aísla de la vida social es un egoísta, por cuanto no colabora con sus semejantes.

**Tercero:** la concepción del mundo, la filosofía, la ciencia y la religión estaban estrechamente unidas. Tómese por ejemplo, el tantas veces señalado –no por ello desmerecido por ser tan explícito– caso de Copérnico, quien había sustituido el sistema geocéntrico por el sistema heliocéntrico, realizando la más eficaz sacudida a la presunción humana de ocupar un lugar privilegiado en el Universo. Tanto la Iglesia Romana como todo el campo del pensamiento, reconocieron muy pronto esta revolución y es cuando el hombre de esta época percibe que el mundo –su mundo– ya no tiene límites. Este descubrimiento de la Tierra como una nueva estrella en el cielo, traslada el ser del hombre a su cielo y le hace exclamar jubilosamente que ya no necesita el cielo de la Iglesia. De este modo se ve cómo la religión termina por no satisfacer plenamente las continuas interrogantes del hombre del Renacimiento. Dentro de la Historia, esta época responde positivamente a todos los cuestionamientos que el individuo en su afán por dominar el mundo le plantea. Ha sido llamada la etapa de los grandes descubrimientos no solamente por el ser del hombre sino por los planetas, por atravesar los mares y por abordar la dimensión cósmica del Sistema Solar, pero más que descubrimientos podría decirse que se vivió plenamente la expansión y el dominio propios de la época. El período renacentista reveló al ser humano en su dimensión como ser de la Creación y su producción intelectual es difícilmente superada dentro de la historia del pensamiento. Paralelamente a este desarrollo, al de las artes y a una nueva concepción del mundo, se da un decaimiento cada vez mayor de la influencia judeo cristiana en relación con el concepto del hombre acerca de sí mismo, invariablemente postrado ante un Dios aniquilador y castigador. Grandes figuras como

Miguel Ángel, Leonardo da Vinci y más tarde Giordano Bruno, fueron artífices del autodomínio del individuo renacentista, que se sabe a sí mismo, en su autonomía y fuerza creadora un *alter deus*, o en términos de Bruno, *deus in Terra*. La Iglesia le cobró a Bruno como a otros tantos, no el haber despojado al hombre de la protección divina y haberle lanzado a la conquista de un mundo nuevo e infinito, sino su emancipación; no el haber establecido el antropocentrismo, sino el haber superado la desventaja de saberse limitado al ser consciente de ello.

Esta afición por el conocimiento y dominio del mundo, condujo a una estrecha relación del ser humano con la naturaleza, tan inmediata por ejemplo, en el análisis de una sustancia, como en la contemplación de un paisaje:

“...yo nunca por otra causa he filosofado sino para filosofar; ni de mis estudios, ni de mis elucubraciones, he esperado otra cosa o buscado merced alguna o fruto sino el cultivo del espíritu y el por mí siempre más deseado conocimiento de la verdad. Del cual tan deseoso fui siempre y tan amantísimo que, dejado todo cuidado de las cosas privadas y públicas, al ocio de contemplar me entregué enteramente.”<sup>14</sup>

Uno de los mayores logros del espíritu científico de la época renacentista, fue la tajante diferenciación de sujeto y objeto.

“El paralelismo entre los portentos de la naturaleza humana y los propios de la naturaleza que circundaba al hombre no indicaban que los hombres hubieran subjetivado el mundo, sino que el hombre y la humanidad tenían que observarse también objetivamente; la antropología filosófica no puede separarse aquí tampoco de la exaltación universal de la naturaleza.”<sup>15</sup>

La corriente destacada de la filosofía natural renacentista no era la trascendencia que provenía desde Platón, sino el mundo inmanente, porque la “filosofía de la naturaleza, impregnada de experiencia emotiva inmediata, “devolvió” a Dios al mundo, y de aquí su panteísmo. Y dado que devolvió a Dios al mundo, dio la vuelta a la relación de experiencia emotiva y, conocimiento no sólo en comparación con la tradición cristiana, sino también en

contraste con la herencia platónica. La experiencia emotiva no es anterior al conocimiento, no se da simultáneamente con este y en lo tocante a valores no está ni por encima ni al lado del mismo. Todo lo contrario, el conocimiento es anterior a la experiencia emotiva y, es lo que origina dicha experiencia.”<sup>16</sup> De esto se desprende, que existió una profunda necesidad en la renovación de lo que constituye la esencia o la naturaleza del hombre. Esta es, precisamente, la directriz que sigue el humanismo y el punto de concurrencia con el Renacimiento, ávido de transformaciones en todos los campos. Esta avidez por transformar y renovar se traduce en crear un acercamiento con la realidad del mundo, las circunstancias imperantes, sus luchas, conflictos y necesidades, con el fin de participar en ellos útil y efectivamente.

## EDITORIAL UCR

### PERFIL HISTÓRICO GEOGRÁFICO

Nicolás Maquiavelo se enfrenta a una época donde el panorama político de su amada Italia giraba alrededor de cuatro ejes fijos –Roma, Venecia, Milán, Florencia–, de modo que “... había una multitud de Estados proliferando, pululando, pudriéndose, haciéndose, deshaciéndose, con ayuda, las más veces, de los extranjeros, franceses y españoles, que habían invadido Italia, Roma, la Roma Pontifical, que ofrecía –especialmente bajo Alejandro VI Borgia– el menos edificante, el menos evangélico de los espectáculos, usaba en ocasiones de los ejércitos extranjeros, como de cualquier otro medio capaz de ensanchar, ya su propio poder temporal, ya los dominios de los hijos, hermanos, sobrinos, primos del soberano Pontífice. Los *condottieri*\* que, salvo muy contadas excepciones, alquilaban al mejor postor sus bandas mercenarias, batiéndose mal y traicionando mejor, se ingeniaban para hacer durar las guerras y se las arrebataban para

---

\* El término *condottieri* se refiere al nombre dado desde 1400 a los jefes o capitanes de una compañía de soldados asalariados.

saquear también durante la paz. Tal era la Italia de fines del siglo XV, devastada por disensiones y crímenes en medio de la más magnífica floración artística que la Humanidad había conocido desde los tiempos antiguos.”<sup>17</sup>

En este panorama de crisis moral de la Iglesia Católica Romana, protagonizado por Rodrigo Borgia conocido como el Papa Alejandro VI, se desenvuelve Maquiavelo como Secretario de la Segunda Cancillería de Florencia. Este hecho que le permite observar y comprobar los sucesos políticos del tiempo que le tocó vivir, le inclina a enfrentar la realidad que se impone, más que a soñar cambiarla. Se señalan dos anécdotas al respecto. Refiere el destacado historiador Burckhardt que el Papa Alejandro VI Borgia, confabuló con el segundo de sus dos hijos César, para mandar a asesinar a su hijo mayor Rodrigo y ambos aumentar su poder sobre los territorios pontificios. Del mismo modo, hizo pintar un cuadro de la Virgen María que colocó a la entrada de una de las principales estancias del Vaticano, con el rostro de su amante del momento Julia Farnesio. A esto, replica Maquiavelo que la Iglesia y sus representantes han dado el peor de los ejemplos. Solamente un hombre, el monje dominico Jerónimo Savonarola, se salva por parte de nuestro autor de este juicio de decadencia moral, quien en condición de Prior del Monasterio de San Marcos en Florencia, abarcó de una mirada los acontecimientos e inició la tarea mesiánica de restaurar los contenidos de los Evangelios y el saneamiento de la institucionalidad eclesiástica, aparte de predicar contra las vanidades del mundo. Durante largas noches pasa en vela, orando, por la salvación de Florencia y del mundo. Savonarola adquiere para sí mismo, la seguridad del profeta. Su conciencia, formada en la celda del monasterio, se convierte en el centro magnético de su obrar. Destacados autores le reconocen cualidades tales como, su vigor de pensamiento, su entereza moral cristiana, su preparación tanto en Aristóteles como en Santo Tomás -sus autores favoritos y propios de su formación como dominico- y de los cuales realiza una unión consustancial de sus teorías, logra en sus sermones exaltar

los ánimos del pueblo de Florencia, consigue a la postre la caída de los Médicis y contribuye a la instauración de un nuevo orden constitucional en Florencia, establece una nueva Constitución, mitad teocrática, mitad democrática durante tres años, pero esto y lo que se consideró “excesos”, lo llevaron a la excomunión por parte de Alejandro VI y a la falta de apoyo del pueblo. Como su labor no fue coronada por el éxito, y además fue acusado de desobediencia al Papa y de herejía, es sentenciado –en un juicio parcial y sumarísimo– a ser ahorcado y fue expuesto así en la plaza pública. No obstante, es importante como ilustración de este caso particular, no omitir en estas páginas un juicio que sobre dicho fraile expone Maquiavelo en sus *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*:

“Reformada la gobernación de Florencia en 1594 con ayuda de fray Jerónimo Savonarola, cuyos escritos demuestran la ciencia, prudencia, y virtud de su ánimo, hízose entre otras leyes para la seguridad personal, una que establecía la apelación al pueblo de las sentencias que por delitos políticos dieran el tribunal de los ocho y la Señoría, ley cuya aprobación costó a Savonarola mucho tiempo y muchísimo trabajo. A poco de estar vigente condenó la Señoría a muerte a cinco ciudadanos por delitos de aquella índole. Quisieron los condenados apelar al pueblo y no se les permitió, infringiendo la ley. Este hecho desacreditó más que ningún otro al citado fraile, porque si la apelación era útil, debió hacerla observar; y si no lo era, no debió procurar con tanto empeño su establecimiento”.<sup>18</sup>

Este comentario es importante por dos razones: una, porque presenta la visión histórica de los sucesos en la opinión del secretario, y la otra, porque realiza sobre los acontecimientos un agudo análisis, propio de quien solo puede ver el desempeño político como una ciencia y por lo tanto sujeta a una estrategia y a una cierta metodología. De esta metodología se hablará en otro ensayo referido al ejercicio maquiaveliano del poder.

El florentino ve como ningún otro pensador contemporáneo suyo, la realidad del quehacer político y utiliza la historia y la experiencia como las otras dos fuentes principales del conocimiento de las circunstancias. Se ensalza así la obra humana en contraposición a la obra inspirada o rodeada de un pretendido

origen divino. Se da primacía a las ciencias naturales y a la realidad imperante en contraposición al interés tradicional de la teología y del deber-ser. Se perfila entonces una línea de pensamiento de carácter claramente antropocéntrico que se amplía en relación con la época griega, porque implica el descubrimiento del hombre en un doble sentido: el referido al individuo y a la humanidad. Consecuentemente, en esta época se dejan entrever tanto el interés humanista por los clásicos, como una oposición a ciertos valores de la Edad Media entre los cuales, como ya se ha señalado, se encuentra la superposición definitiva de la razón sobre la revelación divina. Sucedió que no obstante ser la Edad Media una sociedad preeminentemente agrícola, el señor feudal consideraba impropio de su condición dedicarse al cultivo de las tierras de su feudo, y prefería ocuparse principalmente de asuntos de política, de guerra y de religión; pero, para no dejar improductivas sus tierras, permitió que un grupo cada vez más considerable de gente, viviera bajo la jurisdicción de su feudo, a cambio de servirle y hacerse cargo de los trabajos agrícolas. Así el siervo, a través de numerosas generaciones, se vincula vitalicia y obligatoriamente a la potestad del señor feudal, trabajando para él y entregándole la totalidad de la producción.

A medida que la servidumbre crecía, se desarrollaban las poblaciones y ello originó la aparición de las ciudades, enmarcadas por los muros de los feudos. Estas ciudades llamadas burgos, marcaron el principio del fin de las sociedades básicamente agrícolas y con ello el de las estructuras implantadas en la Edad Media. Los burgos concentraron su atención en labores artesanales y relegaron a un segundo plano las actividades agrícolas. Adquirieron su desarrollo autónomo debido a que, al ser una realidad el poderío económico de los burgueses, los señores feudales tuvieron que hacerles concesiones, a cambio de empréstitos para sostener las guerras, e incluso, los decadentes feudos. De este modo, la producción para el cambio, se va expandiendo paulatinamente y nace la pequeña fábrica que señaló el inicio de

un pujante tráfico comercial. La concentración de la riqueza y del comercio conducen al fortalecimiento de la burguesía como clase social fuerte y al nacimiento del mercantilismo. A este proceso se le ha reconocido –según se indica en una referencia anterior– como “la alborada” del capitalismo.

Tanto el descubrimiento de América debido a Colón, como el de la ruta a la India por Vasco de Gama, van a trastornar la economía mundial incrementando el tráfico de mercancías e iniciando un acelerado desarrollo comercial con el consiguiente aumento de moneda, acumulación y concentración de capitales y la aparición de los primeros bancos. Surgieron los teóricos del mercantilismo: Antonio Serra y Ferdinando Galiani en Italia, Tomás de Mercado, Martín de Azpilcueta y otros en España, Jean Bodin y Jean Baptiste Colbert en Francia; Thomas Mann en Inglaterra; Johann Becher en Alemania.

Se afianzan las universidades como entidades más secularizadas y con ello se conquista una mayor libertad en el planteamiento de los problemas filosóficos, económicos, políticos, sociales, artísticos y morales. Se empieza a anhelar el Estado nacional revestido del poder y la fuerza que solo pueden dar la condición ciudadana y las milicias propias.

Al dejar de ser siervo de la gleba de quien había sido el señor de sus padres y de sus abuelos, el individuo sintió que su destino no estaba preestablecido y experimentó la posibilidad de dirigir su propia vida. Se aferró con fuerza a sus bienes terrenales y trasladó todo su afán a sus aptitudes para enfrentar las contingencias de la vida diaria y terminó considerándose el elemento preponderante de la naturaleza. Vio de este modo, que era el constructor de sus propias circunstancias y cobró conciencia de su potencia vital, de su coraje para encarar las inclemencias naturales. Con sus rivales asumió con mayor fiereza su ánimo de libre competencia, su resistencia, astucia, espíritu vigoroso y fuerza de voluntad. Siendo y sintiéndose el protagonista de la historia, el individuo recuperó contenidos del valor de la vida y fue calificado con crudeza por los moralistas como: orgulloso, cruel, codicioso, egoísta,

materialista, avaro, falaz, murmurador, jactancioso, rencoroso, calculador, falsario, inconstante, idólatra, traidor, asesino, ladrón, hipócrita o desvergonzado. Paralelamente a la manifestación de estos rasgos, surge la pregunta de la función de la razón sobre las pasiones. Esta se perfila desde un punto de vista pagano, como un instrumento eficaz para medir los riesgos, gobernar al mundo y a sí mismo. Es el concepto llamado “virtud pagana” propio de este período y que se contrapone al de virtud religiosa medieval, caracterizado más bien, por la pureza del alma, la inocencia, la mansedumbre de corazón, la caridad, el conformismo, la aceptación del sufrimiento, la esperanza y otros. En contraposición, el tipo de virtud pagana se convierte, en la época renacentista, en el instrumento indispensable de acción para operar sobre la realidad y hacer frente a la fortuna o destino.

Otro hecho de envergadura impredecible fue la invención de la imprenta, toda ciudad importante a fines del siglo XV tiene la suya; asimismo la aplicación de la pólvora a las armas de fuego. De este modo igual que la pólvora democratizó el uso de las armas, la imprenta democratizó el saber.

El período renacentista es pues la era de los inventos de la técnica, mientras el medieval lo fue en la contemplación.

Además de los adelantos de la ciencia aplicada, existieron otros factores concomitantes que terminaron por aniquilar el decaído régimen feudal y los principios que le servían de base. Se supera casi completamente el período económico social –como se ha visto– que fue el feudalismo y se afirma cada vez más otra fase de la historia, con mayor autonomía y de contornos bien definidos, denominada Renacimiento.

En esta época se desarrollan las repúblicas y los principados de los antiguos burgos: Venecia y Génova se constituyen en escenarios del tráfico mercantil, la burguesía se fortalece aún más. Este fortalecimiento, en consecuencia, trae la condena general a la ociosidad, se debe dedicar entonces cuerpo y alma a la producción y dirección de los negocios. Aquí nació el tan conocido lema “el tiempo es oro”. Se ha iniciado el capitalismo con la instauración plena del mercantilismo como organización

económica de cambio que se nutre de la actividad comercial interior y exterior. Contribuyó a este proceso también de modo fundamental, el hecho de que “... la Iglesia eliminó –mediante una interpretación nueva de las doctrinas tomistas básicas– los obstáculos ideológicos que se oponían a la prosecución del lucro en la época moderna... la personalidad se ha abierto paso y la Teología reconoce este hecho. Lo mismo ocurre en el terreno económico. El “*cumulare pecuniaes*” recibe la aprobación de la Iglesia.”<sup>19</sup> Esta institucionalización es de importancia capital, debido a que insta para siempre el gobierno de la Santa Sede y la Soberanía del Papa y de la Iglesia Católica Romana en el escenario de las naciones del mundo.

Se habían dado ya los pasos para que el individuo, poseyendo sus propios instrumentos, construyera su territorio. Del mismo modo, surge así un gran desdén por la metafísica y las explicaciones sobre determinados fenómenos no son admisibles con base en causas sobrenaturales sino naturales; pues el analizar los problemas con base en las causas segundas es condición indispensable a la libertad mental.

Jean Jacques Chevallier destaca acertadamente, que el Renacimiento ha sido un período clave para el desarrollo de la conciencia europea y lo resume de la manera siguiente:

“...no será más que el desarrollo de los gérmenes virulentos inoculados entonces en los espíritus y en los corazones: pasión de buscar y de descubrir; exigencia crítica y libre examen, ávidos de impugnar todo dogma, desgarrar cualquier escolástica; orgullo humano dispuesto a enfrentarse con lo divino, a oponer al Dios creador el hombre que se basta a sí mismo, el hombre convertido en Dios para el hombre que ejerce su propio poder creador...”<sup>20</sup>

A esto hay que agregar lo que atinadamente se señala como naturaleza redescubierta y admirada, lo que conduce al auge de las artes y convierte el cuerpo humano en objeto de adoración, pues es natural y bello. De aquí que este autor sea de los primeros en atribuir al período renacentista la preeminencia de la estética sobre la ética.

## NICOLÁS MAQUIAVELO: UN PENSADOR RENACENTISTA

El humanismo trae consigo el descubrimiento de la personalidad. En relación con esto, otro de los grandes humanistas que se configuró como valor literario de los modelos antiguos es Francesco Petrarca. Petrarca, en sus cartas, describe el proceso de este descubrimiento. Resulta que él gustaba de hacer paseos por el campo y admirar los paisajes naturales, en uno de ellos, sube al Monte Ventoux, la montaña más alta de la región, a cuyos pies corre el Ródano, con el único fin de observar lo que puede ofrecer una gran elevación, mientras contemplaba la belleza del paisaje, “... ora volviendo mi atención –escribe– a algún objeto terrestre que estuviera ante mí, ora elevando mi alma, como ya había hecho con mi cuerpo, a planos más elevados, se me ocurrió mirar el ejemplar de las *Confesiones* de San Agustín [...] lo abrí y por suerte se presentó a mis ojos el libro décimo: “... y los hombres, por lo común, se maravillan de la altura de los montes, las olas poderosas del mar, las anchurosas corrientes de los ríos y la inmensidad del océano y el curso de las estrellas y se olvidan de lo que hay de admirable en ellos mismos...” Entonces, sacó de nuevo el libro que llevaba siempre con él, y reflexionó sobre el mencionado pasaje: “El mundo, –¡oh hombre!– le amonesta el Padre de la Iglesia; está por el momento en tí (sic), en la divina imagen de tu alma, ten cuidado de no perderte en el mundo material externo que te está amenazando siempre.”<sup>21</sup>

Vistas así las cosas, el elemento prominente del humanismo es su afán de indagar la interioridad del hombre:

“El deslumbramiento ante la perspectiva del rico mundo de la subjetividad indujo a un vuelco del hombre nuevo sobre sí mismo, sobre su vida individual, apartándolo del camino de la trascendencia, en cuyo límite estaba la salvación eterna: la subjetividad invitaba a la exaltación de la vida al *carpe diem*... No pareció necesario vivir para la muerte, sino vivir para la vida y confiar en el valor de una oportuna contribución.”<sup>22</sup>

En este mundo vivió Maquiavelo y por esto para él parece acuñarse la definición de “hombre del Renacimiento”, marcado –como se ha dicho–, no por el descubrimiento de la esencia del alma, sino por hallar los medios que conducen a la realización de la libertad. Esta tendencia ha sido sin duda la que marcó innovaciones. Lo fundamental de este fenómeno fue su tendencia a la universalidad y su capacidad de expresar valores adecuados a un tipo de sociedad en desarrollo dinámico.

En cuanto al llamado “culto a la personalidad” utilizado por algunos autores, el Renacimiento muestra una visión nueva y total del hombre. Este es visto de manera novedosa debido a que se revitaliza su autonomía a través del conocimiento científico, artístico, filosófico y específicamente político. Nicolás Maquiavelo recoge y enriquece esta concepción del ser humano a la luz de todas las tendencias de su época, pero realiza sobre el concepto del hombre un énfasis en su naturaleza de carácter eminentemente político. Esto se debe en parte, a que la Italia de los siglos XV y XVI va un poco adelante que el resto de Europa, pero en medio de un gran desarrollo económico, artístico y científico no supera la división política. Es este secretario florentino precisamente el gran creador del Renacimiento político en Italia, y lo es a través de dos de sus grandes obras: *El Príncipe* y los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*. Esta última poco conocida. Su obra encierra la propuesta para la unificación de Italia pues comprende la concepción y creación del Estado moderno, los medios necesarios para su conservación y los lineamientos para el ejercicio del poder. El florentino es un gran inquisidor de la psicología humana y de los aspectos que en ella tienen permanencia. Aprende –en lo que llama la “escuela de la desgracia”– de hombres como Alejandro VI, César Borgia, Fernando de Aragón, Carlos y Luis de Francia, Maximiliano de Austria, Catalina Sforza y de muchos *condottieri* casi toda su experiencia política. No puede afirmarse que de ellos obtiene su experiencia, puesto que el florentino era un hombre culto. Esto es

claro y manifiesto puesto que se retiraba a meditar sobre los escritores de la Antigüedad. Escribía a Buonaccorsi con insistencia febril pidiéndole las *Vidas Paralelas* de Plutarco y siempre estaba solicitando libros de este amable amigo.

No obstante, cabe aclarar que Maquiavelo no era un humanista profesional, no podía hacer una edición de un texto latino –aunque en los *Discursos sobre Tito Livio* comentaba uno–, no era capaz de enseñar humanidades, pero la nota de humanismo aparece de modo suficientemente claro en sus cartas más famosas.

En la famosa carta del 10 de diciembre de 1513 a Francesco Vettori, donde si bien es cierto no es escrita por un humanista profesional, no cabe duda que sus ideas son las de un humanista realista. Realista porque enfoca al individuo y sus acciones enfrentándose a las circunstancias históricas y a sus conflictos afectivos. El secretario en sus obras describe los hechos con crudeza, tal como son, sin concesiones. Se atuvo siempre a los hechos y por el caso concreto indujo consecuencias de contenido general. Maquiavelo vuelve a establecer el principio helénico que diferencia la opinión del saber como tal. Este tiene para él un carácter de excelencia destinado a las minorías y no al vulgo, y consiste en comprender la naturaleza de la realidad y la verdad de esta. El vulgo no tiene acceso a la verdad efectiva de las cosas (*verità effettuale della cosa*), sino a la opinión ( $\delta\omicron\xi\alpha$ ), a lo que todo parece. De aquí que el vulgo sea propenso al engaño y al error.

Siguiendo los parámetros que se heredaron de la filosofía griega, el intelecto es la condición primaria para la sabiduría y el fin de esta, es entender el ser de las cosas, cómo son y lo que han llegado a ser. A Maquiavelo le interesa todo lo humano en tanto y en cuanto ha tenido un significado político. En este ámbito el saber es capital y se requiere un dominio técnico de los problemas humanos; por esto el ideal es un príncipe sabio más que bondadoso o virtuoso. La sabiduría política es una especie de conocimiento, y debe ser técnica, positiva y sobre todo, pragmática. Este pragmatismo se traduce en idear fórmulas que lleven al político a saber gobernar. Esta tarea consiste en saber ser obedecido por

el pueblo, utilizando lo que sea necesario para ello, porque el fin del poder político es lograr el orden; y esto no es realizable si no existe un efectivo poder de mando. Inventa una teoría realista de la política, descubre la psicología de los hombres y lo que en ellos hay de permanente, analiza la intención y la acción, y establece que la acción es relevante y es lo único que tiene valor en el plano de la realidad.

En todas las épocas de la historia, y por supuesto el Renacimiento no es una excepción, hay una multiplicidad de corrientes de pensamiento que debaten sus ideas sobre el hombre, el mundo, el problema de Dios, la ciencia, el espíritu, la materia, la vida civil, el orden económico y político. Esta riqueza y multiplicidad de temas, es precisamente una de sus características más relevantes.

Del mismo modo, en torno a esta realidad, es que se perfilan las diferentes áreas del conocimiento pareciendo, al mismo tiempo para muchos, una multiplicidad carente de unidad. Pero la unidad sí existe, no obstante haya diversidad, pues además, cada autor destacado, al estar expuesto al intercambio de múltiples corrientes de pensamiento, difícilmente podrá expresarse inspirado en una sola tendencia, excluyendo totalmente la influencia de todas las demás.

Si bien es cierto, el libre albedrío y el afán por el conocimiento constituyen dos ejes fundamentales del humanismo renacentista, este es alimentado tanto por el aristotelismo, como por el neoplatonismo. De manera tal que, el orden de complejidad y la interrelación de los múltiples factores en un sistema social, –tal y como se concibe hoy–, hace vislumbrar a veces una época que para muchos pareciera carecer de una definición clara. Pero, no es que un período de la historia como el Renacimiento no tenga caracteres que lo precisen, sino que se califica a sí mismo cabalmente en su multiplicidad y diversidad. Es, como se ha afirmado, el Renacimiento una época de emancipación mental, inclinada a penetrar sin limitaciones el vasto mundo del conocimiento, con mucha más razón entonces, es necesario admitir en esa multiplicidad de líneas de pensamiento, la convergencia y

divergencia de ideas. A propósito de convergencia, se han citado algunos lineamientos entre Maquiavelo y el neoaristotelismo como las ideas escépticas de Pietro Pomponazzi. Cabe también agregar que existen puntos de encuentro a su vez, entre nuestro autor con la filosofía naturalista, por ejemplo la representada por Telesio. Este se afirma también, como un personaje prominente del Renacimiento, con él aparece, por primera vez, la naturaleza considerada como una totalidad viviente regida por principios propios. El descubrir cuáles y de qué manera se comportan estos principios es el objetivo de su pensamiento. La naturaleza es un mundo por sí mismo que se rige por principios intrínsecos, es completamente independiente de la imaginación humana y debe admitirse tal y como es, reconociendo su objetividad.

La realidad externa, cuando es observada cuidadosamente, manifiesta sus cualidades y sus características. Telesio indaga el orden explicativo de las cosas naturales, planteándolas como fenómenos y excluye todo lo demás. De todo lo anterior procede el primer lugar que otorga a la sensibilidad como medio de conocimiento, y su afirmación de que el ser humano como naturaleza es sensibilidad. En este sentido, coincide la concepción maquiaveliana del hombre, que será tratada ampliamente en otro estudio.

El naturalismo de Telesio constituye un fundamento común indiscutible con el pensamiento de Maquiavelo, para ambos lo que la naturaleza revela y los sentidos atestiguan coincide perfectamente. En este mismo sentido, la observación de los hechos y de los sucesos que muestra la historia, así como la experiencia, son para el florentino las dos fuentes importantes del conocimiento. Tanto para Telesio como para Maquiavelo, es un hecho sin discusión la superioridad de las ciencias que se relacionan más directamente con la experiencia.

La importancia de Telesio a nuestro modo de ver, en este marco del Renacimiento, es sentar las bases de una teoría del conocimiento de la Naturaleza que coincide en conceptos fundamentales con los de Maquiavelo como, por ejemplo, el de naturaleza humana –propio del humanismo de la época–, la

metodología del conocimiento y finalmente, la superioridad de las ciencias que se relacionan directamente con la experiencia. Partiendo de una concepción similar –aunque claro está en campos diferentes–, ambos coinciden en estimar todos los principios de la ciencia como la generalización de percepciones sensibles, de aquí que la inteligencia y la agudeza mental para ambos autores, consista entonces en integrar y sustituir esa sensibilidad. Como muchísimas veces ocurre, que todas las cualidades de algo no están presentes a los sentidos, la inteligencia debe percibir las. Aquí se revela el valor que ocupa la inteligencia en el ámbito de la *virtú* para los autores del Renacimiento, en especial quien interesa: Maquiavelo. A esta capacidad para descubrir lo oculto de la realidad fáctica, debe acompañar, la audacia, el coraje, el cálculo y la capacidad para la acción que se despliega en la vida activa o *vita civile*. Para el Secretario florentino, estar presente en la *vita civile* implica conocer y realizar los actos necesarios para el éxito en el ejercicio del poder político y en la conservación del orden público.

## CONCLUSIONES

El humanismo renacentista tal y como se ha analizado, está comprometido no solo con una renovación del individuo, sino con una reorganización y libre examen de la vida social. Se emprende este estudio de la vida política para interpretar de nuevo, a la luz de la recién consolidada postura de la autonomía humana, el fundamento del orden político y sus formas históricas. El regreso a los orígenes, que también en el campo del pensamiento político es consigna de esta renovación implica, en general, el retorno a una comunidad histórica determinada, ya sea pueblo o nación y a su concepción de la antigua Grecia y la antigua Roma, de las que extrae fuerza y vigor. El Renacimiento se describe en cuanto al ejercicio del poder político en dos corrientes típicamente humanistas: la de Maquiavelo y la de los utópicos.

Téngase siempre presente que el platonismo y el aristotelismo son las vertientes fundamentales de inspiración que alimentan la época renacentista y que conllevan al retorno de las fuentes originarias de la antigua Grecia. Sin embargo, en aquel momento de la historia, ambos ejes fundamentales de pensamiento se traducen en énfasis distintos debido a que los platónicos ponen en primer plano la exigencia del renacer religioso y los aristotélicos los que se dirigen principalmente al renacer de la actividad especulativa, especialmente, la filosofía natural.

Si se ha de valorar la herencia intelectual de Maquiavelo –aparte de ser el más grande de los pensadores políticos de la época, al considerarse el fundador de la Ciencia Política– respecto a estas dos corrientes, cabe decir que existe en él influencia humanista en primer lugar de inspiración aristotélica y en grado menor, de inspiración platónica, pues el Estado ideal planteado por Platón es una referencia importante para que el florentino niegue la utopía en el plano de la realidad.

El secretario florentino es un fiel reflejo de su tiempo y de su espacio: el Renacimiento, en una Italia dividida y sumida en batallas fratricidas luchando por monopolizar su territorio a merced de grupos mercenarios que cobraban al mejor postor sus poco confiables servicios.

Siendo este período de la historia una época de profundas indagaciones en el ser humano y el mundo que le rodea, se ampliaron y deslindaron todos los campos del conocimiento: geográfico, científico, filosófico, político y artístico, lo cual condujo a una transformación mental que estuvo caracterizada por la sed de saber, el abandono a la actitud sumisa a la aceptación del dogma, el afán de posesión, dominación y pertenencia que despertó la necesidad de conformar el Estado-nación, así como una actitud dinámica, emprendedora, pragmática en procura de indagarlo y comprobarlo todo a través de la razón y los sentidos. La revelación como criterio de verdad fue sustituida primero por la razón y las ciencias naturales, luego por la filosofía separada de la teología, al mismo tiempo que por la exaltación del sentimiento que halló su culminación en la creación artística.

La aparición de nuevas rutas marítimas así como el desarrollo de las formas de propiedad y de producción y el incremento incesante del comercio aceleraron vertiginosamente el paso del feudalismo al mercantilismo y, posterior a este, a la aparición de las primeras formas del capitalismo con el gran crecimiento de las villas y ciudades, la abundancia en el tráfico de mercancías, el incremento en la circulación de moneda, la acumulación de capital y el surgimiento de los primeros bancos. La caída del régimen feudal con el transcurrir del tiempo, hizo ver la necesidad de la existencia del Estado-nación y con ello los medios necesarios para su conservación y los lineamentos para el ejercicio eficiente del poder político, lo que llevará –como ocurre con nuestro autor– al estudio científico del Estado y al nacimiento de la Ciencia Política.

Con el auge de una actitud abierta a la ciencia y la investigación, se establece en Nicolás Maquiavelo la idea central de la inmutabilidad de la naturaleza humana, afirma que sus predicados son esencialmente el egoísmo, la ambición de poder, la hipocresía, el apetito desmedido por las riquezas materiales, lo cual lleva al florentino a decir que en el hombre, siempre la voluntad es doblegada por las pasiones. Por esto es imperativo que una autoridad suprema encarnada en el Estado, someta y domine a los individuos para hacer posible el orden social.

Cabe preguntar a la altura de esta lectura ¿por qué se estudia todavía hoy con tanto interés a Nicolás Maquiavelo? ¿Por qué sigue sorprendiendo el Renacimiento?

A menudo parece que las circunstancias que se vivieron en aquella época no se han superado del todo, dado que persiste la misma condición instintiva del ser humano, aunque su entorno sí se haya desarrollado con el avance tecnocientífico. Como los individuos permanecen tal cuales a través de la historia, el patrón actual que se dibuja en el ámbito internacional es similar. Debe hacerse hincapié respecto a la crisis del Estado-nación. Ayer: apenas despertando. Hoy: debilitándose por el llamado proceso de mundialización. Ciertamente, circunstancias de la época analizada y hechos mostrados por Maquiavelo han reñido siempre con la ética heleno-cristiana legada del pasado, pero, algunos contenidos

de *El Príncipe* y hechos que llevan al Renacimiento, son los preceptos de una teoría de la guerra, de la fuerza que no es ajena. Por el contrario, todo el tiempo amenaza y acecha. ¿Aparecen en el patrón actual que se dibuja en el ámbito político nacional o internacional una o varias similitudes con el del Renacimiento? ¿Se sigue buscando un equilibrio en el poder que hoy más que nunca es la expresión de la teoría de la fuerza ejercida por los poderosos que denunció Maquiavelo? ¿No ocurre en la guerra –a diferencia del régimen ordinario– que quien mata veinte hombres en vez de ser sancionado es condecorado por su valor? ¿Será acaso que al identificarnos con su pensamiento en el presente, nos une un concepto equivalente de eficiencia donde la virtud dominante que compartimos es cierta capacidad para la eficacia?

En el mundo de hoy como en el Renacimiento, todo es permitido menos perder. Además subyace a este hecho, una actitud en el ser humano semejante: hoy como en aquel tiempo, las personas se sienten autónomas y escépticas, libres para traspasar las fronteras más allá del bien y del mal, pues lo reclama la ciencia para avanzar... Se asume igual una actitud desafiante que al mismo tiempo que lanzó al individuo a los mares a descubrir nuevas tierras, lo lanza hoy a indagar los confines del Universo y de la mente... tras el genoma humano, la ingeniería genética y la inteligencia artificial. Pareciera a menudo, que al igual que en el Renacimiento, se está en un momento en que la soberanía de Dios cede su dominio para iniciar el período de la soberanía del hombre. Existe hoy, igual que ayer, una visión emancipada del campo de la fe. Hoy como ayer, todavía impotentes para conservar la juventud y traspasar los umbrales de la muerte. Se relajan las costumbres pues el tiempo apremia y es “oro”; se agudizan los sentidos y el placer del gozo de todo tipo de sensaciones invitan todos los días y a todas horas a través de mil medios, cada vez más sofisticados y sutiles al consumo desmedido. No es que hoy como tampoco ayer, exista un desacato deliberado de las normas morales, sino el hecho de que el ser humano se vea lanzado impetuosamente a vivir los acontecimientos diarios con una demanda mayor de sus impulsos, emociones

y sentimientos. Este comienzo del siglo XXI enmarca una época de profundas dudas al lado del desarrollo de la ciencia, que nos lanza veloz nuevas interrogantes; es un período de un profundo escepticismo que induce también continuamente y sin tregua, a cuestionar el sentido de la vida, de “esta vida” que se caracteriza por –lo que se ha llamado a través de nuestro estudio del pensamiento maquiaveliano– una nueva virtud pagana. Esta estaría contenida en tres sentencias que son hoy un norte de la vida diaria: la vida es muy corta, el dinero es todo y el mundo es de los “vivos”. La idea predominante en aquella época renacentista, de que “el tiempo es oro”, la vida pasa rápido y el tiempo apremia, hace reconocer la primera máxima. También, el sentimiento de frustración siempre tan presente de no poder alargar el período de vida útil, hace que algunas veces se emita el juicio de que la vida es muy corta para nuestras expectativas.

Cuando el secretario florentino califica al ser humano, uno de los juicios más severos que expresa es que “los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio”,<sup>23</sup> lo cual remite al hecho indiscutible de que es el parámetro dominante para calificar el éxito. La tercera máxima, tiene claramente la misma intención de los contenidos de la *virtú* que imperaron en tiempos de Maquiavelo, debido a que encierra conceptos como astucia, habilidad, sentido de la oportunidad, cálculo, audacia, arrojo, prudencia y voluntad; además de aguda inteligencia.

Visto así este asunto, es que puede afirmarse que cuando se estudia el Renacimiento, así como la obra del afamado florentino, a pesar de más o menos quinientos años de separación, se siente este pensamiento entre nosotros.

## NOTAS

1. Bernardini, Amalia, "Dignitas Hominis". En: *Hombre y Sociedad en el Renacimiento*, Serie Academia 1. San José, Costa Rica, Escuela de Estudios Generales, 1990, p. 115.
2. Heller, Agnes, *El Hombre del Renacimiento*. 2ª edición. Traducción de J. F. Yvars y Antonio Prometeo Moya. Barcelona, Ediciones Península, 1994, pp. 8-9.
3. Ruggiero, Guido de, *Historia de la Filosofía*, Vol. II, Traducción de Luis de Cádiz, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1948, p. 164.
4. Pico Della Mirandola, Giovanni, *Oración acerca de la dignidad del Hombre*. Traduc. José María Bulnes Aldunate. Río Piedras, Editorial Universidad de Puerto Rico, 1969, p. 28.
5. *Ibid.*, p. 28.
6. *Ibid.*, pp. 14-17.
7. Pomponazzi, Pietro: Nacido en Mantua en 1462. De linaje patricio, estudió filosofía y medicina en Padua, se graduó en ambas a los 25 años y pronto fue profesor en esa ciudad. Toda la tradición escéptica se infundió y culminó en él. En 1512 se instala en la Universidad de Bolonia hasta el fin de sus días.
8. Pomponazzi, citado por DURANT, Will, *El Renacimiento*, Vol. 2. Traducción de C.A. Jordana. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1958, p. 255.
9. Pomponazzi, citado por DURANT, *Op. cit.*, pp. 257-258.
10. Pomponazzi, *Op. cit.*, p. 258.
11. MAQUIAVELO, *Obras Políticas de Nicolás Maquiavelo*, Tomo I. Traduc. D. Luis Navarro. Madrid, Librería de la Viuda de Hernando, 1895, p. 44.
12. BURCKHARD, Jacob, *La Cultura del Renacimiento en Italia*. Barcelona, Editorial Iberia, 1964, p. 132.
13. HELLER, Agnes, *El Hombre del Renacimiento*, 2ª edición, Barcelona, Ediciones Península, 1994, p. 379.
14. PICO DELLA MIRANDOLA, *Oración acerca de la dignidad del Hombre*, pp. 17-18.
15. HELLER, *Op. cit.*, p. 382.
16. *Ibid.*, p. 389.
17. CHEVALLIER, Jean-Jacques, *Los Grandes Textos Políticos*, 6ª edición, Madrid, Editorial Aguilar, 1967, p. 6.
18. MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, En: *Obras Políticas*, Tomo I, Librería de la Viuda de Hernando, Traduc. D. Luis Navarro, Madrid, 1895, p.121.
19. MAYER, J. *Trayectoria del Pensamiento Político*. México, D.F., Editorial Fondo de Cultura Económica, 1964, p. 92.
20. CHEVALLIER, Jean Jacques, *Los Grandes Textos Políticos*, p. 5.
21. MAYER, *Trayectoria del Pensamiento Político*, pp.79-81.
22. ROMERO, *La revolución burguesa en el mundo feudal*, p. 412.
23. MAQUIAVELO, Nicolás. *El Príncipe*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 8º edición, 1998, p. 257.

## BIBLIOGRAFÍA

- Antal, Frederick, *El mundo florentino*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1963.
- Arata, Fidia, “Legalité e etica”, *Rivista di Filosofia del Diritto*, Italia, Fasc. I-II, enero-abril, Año XLI, 1964.
- Aristóteles, *La Política*, Barcelona, Editorial Iberia, Obras Maestras 1968.
- Arocena, Luis, *Maquiavelo*, Estudio Preliminar a *El Príncipe*, Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1959.
- Aron, Raymond, *Introducción a la Filosofía Política*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1999.
- Arrijoja, Vizcaíno Adolfo, “Aportaciones de Maquiavelo al Derecho Público a través de su correspondencia con F. Vettori”, *Revista Jurídica*, México, D.F., N.º 7, Anuario del Departamento de Derecho de la Universidad Iberoamericana, Julio, 1975.
- Bernardini, Amalia, “Dignitas Hominis”, En: *Hombre y Sociedad en la Antigüedad y el Renacimiento*, Serie Académica 1, San José, Escuela de Estudios Generales, 1990.
- Bourgeois, Bernard, *El Príncipe Hegeliano*, Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1969.
- Burckhard, Jacob, *La Cultura del Renacimiento Italia*, Obras Maestras, Editorial Iberia, Traducción de Jaime Ardal, Barcelona, 1964.
- Burnham, James, *La Revolución de los Directores*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, Traducción castellana por Atanasio Sánchez, tercera edición, 1967.

- Cassirer, Ernst, *El Mito del Estado*, México, D.F, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1974.
- Chabod, Federico, *Escritos sobre Maquiavelo*, México, D.F., Editorial Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Chevallier, Jean Jacques, *Los Grandes Textos Políticos*, Madrid, Editorial Aguilar, 1972.
- De Grazia, Sebastián, *Maquiavelo en el Infierno*, Editorial Norma, Bogotá, 1994.
- Durant, Will, *El Renacimiento*, Tomo II, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, Traducción C.A. Jordana, 1958.
- Duverger, Maurice, *Los Partidos Políticos*, México, D.F., Editorial Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Ebenstein, William, *Los Grandes Pensadores Políticos*, Madrid, Editorial Revista de Occidente, Traducción al español de Enrique Tierno Galván, 1969.
- Echandi, Gurdían Marcela, *Actualidad del Pensamiento de Nicolás Maquiavelo*, San José, Universidad de Costa Rica, Facultad de Derecho, Tesis de Grado, 1990.
- Formoso Herrera, Manuel, *Maquiavelo*, Prólogo y traducción a *El Príncipe*, San José, Editorial Universitaria Centroamericana, 1996.
- Garin, Eugenio, *Medioevo e Rinascimento*, Roma, Editore Laterza, 1973.
- Gautier-Vignal, Louis, *Maquiavelo*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1971.

- Geymonat, Ludovico, *Storia del Pensiero Filosofico e Scientifico*, Volume II, Garzanti Editore, Milano, 1975.
- Giner, Salvador, *Historia del Pensamiento Social*, Barcelona, Editorial Ariel, 9ª edición, 1994.
- Giglioli, Gallinari Giovanna, *Pensadores Políticos del Renacimiento: Maquiavelo*, Universidad de Costa Rica, Escuela de Estudios Generales, Cátedra de Filosofía y Pensamiento, Conferencia de Filosofía N.º 7. Sin fecha.
- González, Dobles Jaime, *Reflexiones Éticas: El Problema Moral En Maquiavelo*, Heredia, Editorial Universidad Nacional, 1982.
- González Uribe, Héctor, *Teoría Política*, México, Editorial Porrúa, 3ª edición, 1980.
- Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo sobre Política y sobre el Estado Moderno*, México, D.F., Juan Pablos Editor. Traducción del italiano por José M. Aricó, 1975.
- Granados, Moreno Jorge, “Consideraciones alrededor de la Filosofía Política y de la Historia en Nicolás Maquiavelo”, En: *Revista de Ciencias Jurídicas*, San José, N.º 27, setiembre-diciembre, 1975.
- Guthrie, *Historia de la Filosofía Griega*, “La República”, Volumen IV, Editorial Gredos, Madrid, 1993.
- Habermas, Jürgen, *Teoría y Praxis*, Buenos Aires, Editorial Sur, 1966.
- Hale, J.R., “Maquiavelo y el Estado Autosuficiente”, En: *Las Ideas Políticas*, Barcelona, Editorial Labor, 1977.

- Hale, J. R., *La Europa del Renacimiento*, Madrid, Editorial Siglo XXI, 1973.
- Hegel, G.W.F, *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, Madrid, Editorial Alianza, Revista de Occidente, 1986.
- Heller, Agnes, *El Hombre del Renacimiento*, Barcelona, Ediciones Península, Traducción de Yvars y Antonio Prometeo Moya, 2ª edición, 1994.
- Huerga, Álvaro, *Savonarola Reformador y Profeta*, Madrid, Biblioteca de Estudios Cristianos, 1978.
- Jay, Antony, *La Dirección de Empresas y Maquiavelo*, Barcelona, Ediciones Destino, Traducido por Rafael Vásquez Zamora, 2ª edición, 1974.
- Joly, Maurice, *Diálogo en el Infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1977.
- Karpinsky Dodero, Rose Marie, "La Concepción Cíclico-Pragmática de la Historia en Nicolás Maquiavelo," *Revista de Ciencias Jurídicas*, San José, No. 27, setiembre-diciembre, 1975.
- Kelsen, Hans, *Teoría General del Estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Lefebre, Henri y otros, *La Crisis Actual de la Política*, Buenos Aires, Rodolfo Alonso Editor, 1972.
- Ludwig, Emil, *Maquiavelo*, Obras Completas, Barcelona, 1972.
- Machiavelli, Niccolò, *El Príncipe*, Milano, Biblioteca Universale, Rizzoli Editore, B.U.R., setiembre de 1950.

- Machiavelli, Niccolò, *Opere di Niccolò Machiavelli*, Ugo Mursia editore, Terza edizione, Milano, 1967.
- Maquiavelo, Nicolás, *Historias Florentinas*, Madrid, Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1950.
- Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*, Revista de Occidente, Editorial Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico, edición bilingüe (italiano-español), 1959.
- Maquiavelo, Nicolás, *Obras Políticas, El Príncipe, Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio. El Arte de la Guerra, Descripción de Alemania, Informe sobre los asuntos de Alemania, 17 de junio de 1508, Discurso acerca del Emperador, Descripción de Francia, Carácter de los Franceses*, Buenos Aires, Librería El Ateneo, Traducido por Luis Navarro, 1952.
- Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*, Bogotá, Editorial Bruguera, Círculo de Lectores, 1980.
- Maquiavelo, Nicolás, *Cartas Privadas de Nicolás Maquiavelo*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Traducido por Luis Arocena, 1979.
- Marcu, Valerín, *Maquiavelo, la Escuela del Poder*, Argentina, Editorial Espasa Calpe, 1945.
- Mayer, J. *Trayectoria del Pensamiento Político*, México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1964.
- Meinecke, Friedrich, *La Idea de la Razón de Estado en la Edad Moderna*, Traducción de Felipe González Vicen, Madrid, Institutos de Estudios Políticos, 1959.
- Meynaud, Jean, *Los Grupos de Presión*, Buenos Aires, Editorial Eudena, 1973.

- Michels, Robert, *Los Partidos Políticos*, Buenos Aires, Editores Amorrortu, 2ª edición, 1973.
- Montesquieu, *El Espíritu de las Leyes*, Barcelona, Editorial Tecnos, Vol. I, Traducción por Blásquez, 1984.
- Mora Rodríguez, Arnoldo, “El Pensamiento Utópico del Renacimiento: Moro, Bacon y Campanella”. En: *Hombre y Sociedad en la Antigüedad en el Renacimiento*, Serie Académica 1, San José, Escuela de Estudios Generales, 1990.
- Mora Rodríguez, Arnoldo, *Nietzsche y el Fin de las Utopías*, Conferencia dictada en Estudios Generales, UCR el día miércoles 6 de septiembre del 2000.
- Mounin, Georges, *Machiavel*, Presees Universitaires de France, 108 Blvd. Saint Germain, France, 1964.
- Murillo, Zamora, Roberto, “Progreso Científico y nueva imagen del mundo (Renacimiento)”, En: *Hombre y Sociedad en la Antigüedad y el Renacimiento*, Serie Académica 1, San José, La Mini, 1990.
- Navarro, Luis, *Maquiavelo, Obras Políticas*, Buenos Aires, Librería El Ateneo, 1952.
- Namer, Gérard, *Maquiavelo o los orígenes de la sociología del conocimiento*, Barcelona, Ediciones Península, 1980.
- Neuman, Sigmund, *Partidos Políticos Modernos*, Madrid, Editorial Tecnos, 1965.
- Nourrison, J.F., *Maquiavelo, Estudio Preliminar a El Príncipe*, México, Editorial Continental, 2ª edición, 1957.

- Orsi, Pietro, *Historia de Italia*, Barcelona, Editorial Labor, 3ª edición, 1960.
- Pacheco Fernández, Francisco Antonio, *Introducción a la Teoría del Estado*, San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, San José, 1984.
- Panikkar, Raimon, *El Espíritu de la Política (Homo politicus)*, Ediciones Península, Traducción de Robert Tomás Calvo, Barcelona, 1998.
- Pico Della Mirandola, Giovanni, *Oración acerca de la dignidad del hombre*, Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1969.
- Platón, *La República*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 2ª edición bilingüe, Traducción Antonio González Laso, 1981.
- Renaudet, Agustín, *Maquiavelo*, Madrid, Editorial Tecnos, 1965.
- Ridolfi, Roberto, *Maquiavelo*, México, Editorial Renacimiento, 1961.
- Ritter, Gerhard, *El Problema Ético del Poder*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, Traducción de F. Rubio Llorente, 1972.
- Romano, Ruggiero y otro, *Los Fundamentos del Mundo Moderno*, Madrid, Editorial Siglo XXI, 4ª edición, 1974.
- Romero, José Luis, *Maquiavelo Historiador*, Buenos Aires, Editorial Novoa, 1943.
- Romero, José Luis, Madrid, *La Revolución Burguesa Feudal en el Mundo*, Volumen I, Editorial Siglo XXI, 2ª edición, 1979.

- Romero Pérez, Jorge Enrique, *Partidos Políticos, Poder y Derecho*, San José, Editores Syntagma, 1979.
- Ruggiero, Guido de, *Historia de la Filosofía*, Vol.II, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1984.
- Sabater, Fernando, “Los Valores ante el Nuevo Milenio”, En: *La Nación*, Domingo 7 de noviembre de 1999, p.15-A
- Sabine, George, *Historia de la Teoría Política*, México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 4ª edición, 1968.
- Sánchez, Luis, “Maquiavelo, el Provincialismo y su Realismo”. En: *Los Fundamentos de la Historia Americana*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1943.
- Sforza, Carlo Conde, *El Pensamiento Vivo de Maquiavelo*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1941.
- Sidwich, Henry, *Outlines of the History of Ethics*, Boston, Beacon Press, 6ª edición, 1968.
- Skinner, Quentin, *Maquiavelo*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- Torre Reyes, Carlos de la, “Nicolás Maquiavelo”, En: *Firmamento del Espíritu*, Barcelona, 1977.
- Touchard, Jean, *Historia de las Ideas Políticas*, Madrid, Editorial Tecnos, 1975.
- Truyol y Serra Antonio, *Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado*, Madrid, Alianza Editorial, 7ª edición, 1982.
- Uscatescu Georges, *Maquiavelo y la pasión del Poder*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1969.

Villari, Pasquale, *Maquiavelo, su vida y su tiempo*, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 8ª edición, versión castellana de Antonio Ramos, 1973.

Von Martin, Alfred, *Sociología del Renacimiento*, México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1973.





## ACERCA DE LA AUTORA

**Marcela Echandi Gurdíán.** Nació en San José. Estudió en la Universidad de Costa Rica y se egresó de la licenciatura en Filosofía. Obtuvo también una licenciatura en derecho en la Facultad de Derecho de la misma Universidad. Se graduó como Máster en Filosofía en la Escuela de Filosofía de la U.C.R. Profesora de la Universidad de Costa Rica desde 1993. Ha trabajado en la Facultad de Derecho, en la Escuela de Filosofía y en la Escuela de Estudios Generales. En la actualidad, imparte Filosofía en los Seminarios Participativos Condición Humana y Ambiente y Teorías Políticas, así como también Filosofía de la Historia.

A lo largo de su carrera, ha impartido diferentes cursos como Filosofía del Derecho, Teoría del Estado e Introducción a las Ideas Políticas. Ha escrito muchos artículos dentro del campo de la Filosofía Política, entre ellos: *La Justicia como suprema virtud en Platón a la luz del marco de la sociedad civil*, *Cuatro temas relevantes en el pensamiento de Nicolás Maquiavelo*, *El Origen del Contrato Social en Rousseau*, *En torno al concepto de democracia en la Teoría de la Justicia de John Rawls* y otros.



EDITORIAL  
UCR

**Ejemplar sin  
valor comercial**

Este libro se terminó de imprimir  
en la Sección de Impresión del SIEDIN,  
en febrero de 2011.

Universidad de Costa Rica  
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica

La licencia de este libro se ha otorgado a su comprador legal.

Valoramos su opinión.  
Por favor [comente esta obra](#).



Adquiera más de nuestros  
libros digitales en la  
[Librería UCR virtual](#).

LIBRERÍA  
UCR  
  
VIRTUAL

El presente texto *Panorama histórico-filosófico del Renacimiento en Italia* examina el proceso que llevó a esta época a considerarse como la aurora del capitalismo, al mismo tiempo que marca una renovación total del ser humano. Este despertar del hombre a una soberbia conciencia de sí mismo afianza su sentido de la dignidad y potencia terrena. El ser humano –en sentido general– es consciente por primera vez de su libertad y sabiéndose portador –aun parcialmente– de esta, reta al mundo, al conocimiento y los descubrimientos, al surcar el océano tras nuevas rutas y nuevas tierras. El individuo asume una actitud crítica y dinámica, despreocupada un tanto del dogma religioso para indagarlo todo según la mente y los sentidos. De este modo, el criterio de verdad dejó de estar en la revelación divina y se buscó su afianzamiento en la razón, en las ciencias naturales primero, en la filosofía separada de la teología después. Destacaron los predicados de la virtud pagana como el coraje, la valentía, la audacia, la astucia, el conocimiento y la prudencia, emulando el modelo de los grandes hombres de épocas de esplendor de la antigua Grecia y la antigua Roma. Otro de los intentos por dominar la realidad, fue la conformación de las ciudades y la organización de la colectividad en un orden civil eminentemente secular que desemboca en el concepto del Estado-nación de la modernidad.

